

en una cámara mortuoria. Quejábanse los cirios, dejando al descubierto el pábilo retorcido, mientras la flama devoraba los bordes que con su fuego la alimentaba; y el viento frío de la noche, azotando el pañuelo que cubría la cara de don Pancho, hacía estrecharse á los esposos uno contra otro, irritados por la desvelada y mudos de pavor. No se atrevían ni á moverse, temiendo el ruido, y aunque volvían la cara á otros lugares, el cadáver ejercía fascinación tal, que se encontraban con él á cada momento. Estaban arrepentidos de no haber detenido á algún vecino, á la criada por lo menos: y sin hablar, ni ponerse de acuerdo, lo dejaron solo, pasando á la otra habitación. Su vista se les hacía insoportable, y eterna la duración de la noche. Asomábanse de tiempo en tiempo, sin pasar de la puerta y contenido la respiración, yendo á tomar fuerzas á la cuna de Rosita que dormía tranquila, con la dulce placidez de los niños. Estremeciéronse de repente: un perro ahullaba con tristeza en la calle:

—Dicen que los perros huelen á los muertos!— murmuró Isaac.

Y se estrecharon más todavía, permaneciendo así, llenos de un sudor frío, hasta que el cantar de los gallos, un suspiro de Rosita y una ténue claridad que entraba por los intersticios de la puerta, les anunciaron que amanecía.

El entierro fué muy modesto y muy poco concurrido; así lo había encargado don Pancho en sus últimas disposiciones. Un carro de 3a. con un cóche

para los dolientes; una caja barnizada de negro encerrando el cuerpo que tanto bien prodigó en vida, sin haber tenido más que una falta grave que reprochársele y á cuyo calor se deslizaron llevaderas las horas de su existencia.

El día estaba lluvioso, triste, húmedo. Rosita preguntaba á cada instante por su padrino.

Llegados al cementerio, cuatro mozos de la Funeraria cargaron el cajón con la misma indiferencia que si hubieran llevado una maleta, renegando por lo bajo de la inclemencia del tiempo, de lo pesado del cuerpo y de la insolvencia que acusaban los clientes. Por querer alcanzar una flor marchita que se balanceaba sobre una tumba, resbaló Rosita en el lodo haciéndose ligeramente daño en la cabeza.

Cuando llegaron á la fosa, los mozos se enjugaban la frente, poniéndose el sombrero con toda la falta de respeto que trae consigo el mal tiempo. La operación se hizo violentamente, cayendo á la par sobre la caja, la tierra mojada y gran cantidad de agua mezclada á la arena del montículo que los sepultureros derribaban á golpes de pala.

A llegar un poco más tarde, el postrer domicilio de don Pancho habría estado completamente inundado.

Concluyeron ayudados por los mozos que con los pies botaban el lodo al interior de la fosa, mientras guarecidos bajo un ciprés y un paraguas inválido, Lola é Isaac, teniendo por delante á Rosita

que mordía obstinadamente el ala de su sombrero, contemplaban enternecidos el triste cuadro.

IV.

Se hacía indispensable, preciso, de todo punto necesario.

Por mucha repugnancia que le inspiraran las ideas liberales, tenía que ceder, que resignarse á enviar á Rosita á algún colegio del Gobierno, ya que por desgracia se habían comido el legado de don Pancho sin preocuparse del alimento intelectual de la niña; y no sería decoroso para sus antecedentes, solicitar la instrucción gratuita en un plantel privado. Pero él se oponía y se oponía sin cesar. De nada servían las argumentaciones de Lola; siempre que se hablaba del asunto, terminábanlo de mala manera, positivamente reñidos.

—Que tiene once años? pues que tenga veinte, cincuenta, mil; pero no ha de pisar esos colegios—gritaba Isaac, á quien el tiempo transcurrido no era suficiente para hacerle olvidar su prisión famosa.

Y pasaba el nublado, renacía la calma, parecía olvidarse la cuestión por algunos días para empezarla de nuevo tropezando con obstáculos idénticos y razonamientos análogos.

—Si supieras todo lo que se cuenta de los tales colegios; no enseñan nada, absolutamente nada, pero en cambio, parece que el portero encargado de quitar los abrigos para devolverlos á sus dueñas

cuando salen por las tardes, les arrebatara también la moral, que nunca les devuelve.

Lola se espantaba ante la idea de que Rosa, que era todo su querer, pudiera perder su pureza, que venía á representar en la indigencia de la familia, el único rayo de sol que la alumbraba. El candor de Rosita era tan grande, que muchas veces se le hubiera confundido con la desvergüenza. Tenía unas salidas, que en otra boca que careciera del rojo guinda que hermoseaba la de la niña demostrando su poca edad, merecerían el presidio.

—“Pues que no aprenda,” fué la resolución votada por unanimidad.

Isaac le enseñaría lo más esencial que ni ella necesitaba de otras cosas ni él podía dárselas; y Lola las labores que debe conocer al dedal y no al dedillo una muchacha pobre que aspira á vivir respetada y respetable, como andando los tiempos esperaban ver á su hija. Rosita pareció aprobar determinación tan madurada, cultivando estrechas relaciones con los chicos de ambos sexos de la vecindad, que completaban gratis y con la mejor voluntad, el cuadro de profesores de la futura ciudadana. Llamábanla en un principio “la niña Rosa,” como prueba del respeto debido á la primogénita de un ex-conspirador que habitaba la vivienda mejorcita de la casa; pero fué prueba de respeto efímero, que se desvaneció al contacto de sus mutuos juegos. Declaróse un tuteo general en la reunión, como si fuera asamblea de quáqueros, presidida siempre por Rosita;

sus trajes eran los menos rotos aunque multicolores, gracias á los desvelos y afanes de Lola.

Dos predilecciones tenía: jugar á los soldados, declarándose general, y verse obedecida ciegamente por los arrapiezos más crecidos de la partida. Tenía la casa en estado de sitio perpétuo, ensordeciendo á los moradores con su gritería y contribuyendo á la destrucción voluntaria del inmueble, con sus travесuras. Rosita era el ángel bueno de sus camaradas; llegaba á tiempo de contener todas las correcciones materiales, intercediendo por el delincuente. Era tan bonita, y sobre todo tan zalamera, que casi nunca salía desairada de su caritativa empresa. Perdonábase al reo, notificándole en alta voz que el indulto lo debía á Rosita, lo que hizo aumentar exageradamente su prestigio. Ella organizaba las diversiones, clasificaba los lugares y mandaba en todo. Su ejército la adoraba, obediéndola sin pestañar. Una vez —tenía mucha imaginación— discutió que se bañaran en la fuente los varones.

Y se bañaron.

Y por poco se ahoga uno de ellos!

Rióse como una loca al verlos salir tiritando de frío y agruparse, para secarse, en un rincón del patio en que el sol descansaba con contornos fantásticos, producidos por la ropa blanca pendiente de una cuerda; camisas en cruz, calzones en triángulo y medias en movimiento, como las piernas de un saltimbanco.

Isaac, por su parte, no adelantaba gran cosa con su discípula, y no porque fuera tonta, qué había de

ser! sino porque no demostraba grande afición á tan elevadas empresas. Pasmábanse de ver el admirable desarrollo que lentamente se efectuaba en Rosita. Diríase que la naturaleza deseaba enorgullecerse de su obra. La iba haciendo mujer, pero, qué mujer!

Un día llegó Lola, radiante de alegría. Ya estaba hecho, aunque la riñera, no tenía remedio. Había sido un sacrificio, llena de vergüenza lo había solicitado, pero no se arrepentía. Isaac la interrogaba con ansiedad, temeroso de alguna mala nueva, otra persecución ó algo grave. No era nada de eso. Ella, Lola, tenía arreglada la entrada de Rosita en el colegio de las monjas extranjeras, ya sabía donde, qué madre, qué madre tan buena. No sólo la admitía como educanda sin pagar, sino que estaría de interna el tiempo necesario, hasta no concluir su educación, por desgracia tan descuidada. Si hubiera oído las palabras que le dirigía la superiora. Era una santa. Ni siquiera exigían ropa; todo lo tendría en el colegio. Cierto que era triste separarse, pero era muchísimo peor seguir como estaban; sin más sociedad para la niña que los granujas de la casa, sucios y ordinarios, hablando unas palabrotas que espantarían á un gendarme. Ya veía cómo Rosita repetía algunas, era claro que sin comprender lo que se decía, pero el resultado era que repetíalas. Y se abandonaron á proyectos y cálculos para lo porvenir, siempre pensando en ella, deseándolo todo para ella, figurándose grandezas y grandezas para la chicuela. Van á admirarse al verla,

exclamaba Lola, pintando á su marido con la exaltación exclusiva de las madres, lo que gozarían cuando, ya viejos, la vieran casada, feliz, tocando el piano ó asistiendo á los bailes, y en todas partes originando serios murmullos de admiración por su belleza. Sin que entrara en los colegios del Gobierno, iban á convertirla en un estuche de especialidades y de atractivos. Las monjas eran instruidísimas.

—Figúrate—le decía—que ninguna habla bien el español!

Rosita recibió la noticia sin alegrarse ni entristecerse. Estaba de tal manera familiarizada con el medio de que nunca había salido, que por más esfuerzos que hacía, no se daba cuenta exacta de lo que sus padres llamaban con tanta veneración: "las madres;" buscaba un significado que cuadrara con ese nombre, y se encontraba con la figura de alguna de las mamás que veía diariamente, y cuyas justas iras sobre sus herederos, calmaba á menudo. Con los deseos de investigación propios de la niñez, preguntó tímidamente:

—¿Y qué, esas madres tienen muchos hijos?...

—Jesús mil veces!—gritó Lola en el colmo del espanto al oír tamaña enormidad. A Isaac le entraron tentaciones de tirarle con un vaso. Arrebatábase la palabra para corregir la blasfemia, prodigándole frases duras, metáforas correctivas, consejos saludables. ¿Quién le había enseñado esas cosas? Las buenas niñas jamás hablaban así. ¿Dónde lo había aprendido? Aunque Rosita trataba de discul-

parse, no le daban tiempo; hubiera querido manifestar que, lejos de saber, ansiaba aprender, pero no hubo forma. Cada vez que abría los labios y antes de que articulara un sonido, veía delante de sí las manos amenazadoras de sus antecesoras, prontas á descargar la ira que se manifestaba en sus semblantes. Mandáronla á acostarse, sin querer besarla ninguno de los dos, como acostumbraban; fruncido el ceño, hablándole de usted y apuntando con el dedo el camino de la alcoba.

Acostóse Rosita muy preocupada con el efecto inesperado de su pregunta, y sin explicárselo, comenzó á sentir una profunda antipatía por esos seres que le cambiaban á otros que nunca habían tenido para ella, más que ternura y adoración. Pero, por qué se llamaban madres si no tenían hijos? entonces, cualquiera podía ser madre,...y pensando de nuevo en el regaño, se durmió con los ojos humedecidos por el llanto.

Era la primera impresión que le producía el colegio.

Miráronse todavía alarmados de la blasfemia de Rosita, culpándose el uno al otro, creyéndola perdida irremisiblemente y sin otra esperanza de salvación que la virtud exagerada de las reverendas. Sólo ellas podrían volverla al buen camino, del que tan apartada estaba; sólo ellas podrían encarrilar una naturaleza casi silvestre, crecida y desarrollada bajo la maléfica influencia de un populoso patio de vecindad. No vacilaron ya; cuanto antes entrara, sería mejor; no podría arreglarse para el

F. GAMBOA.

día siguiente? Era mucho esperar una semana, término fijado por la directora para la admisión de la nueva alumna. Siendo gratuita la tal admisión, no quedaba otro remedio que aguantar con paciencia los ocho días, cuidando sobremanera á Rosita, comunicándola completamente de sus bulliciosas amistades, que ni las viera, tal vez así corregiría su incendiario lenguaje. Y animados de los mejores propósitos acostáronse también, yendo antes á besar á Rosita, arrepentidos de la dureza desplegada.

No tenía la culpa.

La industria de Lola hizo prodigios, pero alcanzó los resultados apetecidos; el vestido de Rosita estaba presentable. El día de la separación lucían todas unas caras muy largas. El desayuno de la mañana—último alimento que tomaba la chica en su casa—tuvo más lágrimas que café. Quedábanse contemplándola en silencio, con ternura reconcentrada y volviendo la cara, cuando ella la levantaba, para ocultarle su traicionero llanto. Llegada la hora de los últimos consejos, nada hubo que pudiera contener los sollozos de ambos. La acariciaban con delicadeza, como temiendo enfadarla, recomendándole obediencia, buena conducta, excesiva piedad y gran aplicación. Lo hacían por su bien, por verla lograda, cuidado y les iba á pagar mal, defraudando sus esperanzas. Y ella contestaba que sí, también enternecida, sintiendo un nudo en la garganta que le impedía hablar. Salía de los brazos del uno para caer en los de la otra, que parecían empeñados en la singular apuesta de averiguar quién de los dos

DEL NATURAL.

la mimaría más. Bajaron la escalera llevándola de la mano y enjugándose los ojos, encontrándose en el patio con todos los chiquillos de la casa, serios é indignados por aquel abuso de arrebatarse á una compañera que querían tanto. Sin embargo, al verla, prorrumpieron en una despedida á gritos.

—“Adiós Rosita,”—era el dominante.

Isaac, que en su interior y á consecuencia de sus ideas, no podían sufrir á la canalla, como despectivamente llamaba á sus vecinos del piso bajo, iba repartiendo miradas furibundas, que mucho enfriaron los ímpetus de esa niñez feliz y descalza, indómita y respetuosa. Agrupáronse en un ángulo de la puerta, capitaneados por una gatera de diez años á lo más, que con las manos cruzadas á la espalda y su aire resuelto, parecía un general reflexionando. Rosita, procuraba no salir de allí con el calificativo de ingrata, sonreíales y caminaba casi á remolque, por no poder mirar el terreno que pisaba. No apartaba la vista de sus antiguos camaradas; cada uno de ellos le representaba una travesura de su invención, un día contento, un golpe imprevisto, una solidaridad, en fin, de peligros y de calma, de tristezas y de alegrías. Sintióse acongojada, y comenzó á adivinar la nueva vida que se le esperaba.

Isaac, que salió el último, pudo distinguir á todos los chicos ocupaban parte del zaguán y de la acera, con la mano sobre los ojos y los pies desnudos, sobre el arroyo.

Formaban un montón de harapos con cabecitas

F. GAMBOA.

de ángeles desaseados, acariadas amorosamente por los matutinos rayos del astro rey.

V.

¡Cómo echaba de menos su antigua independencia, cómo se le hacían largos los días y desconsoladoras las noches, cómo anhelaba hasta la destrucción del edificio, para poder tender el vuelo á las regiones que su fantasía le pintaba llenas de encantos inverosímiles y de figuras ideales.

No podía acostumbrarse al reposo y quietud que reinaban constantemente en el colegio. Esperaba los jueves con ansiedad inexplicable, eran los días señalados para recibir las visitas de la familia. Despertaba más contenta y encontraba los mismos objetos y las mismas personas que le hacían insupportable su cautiverio, con distinto semblante y notable abundancia de palabras y gestos simpáticos.

Muchas ocasiones, comprendiendo el inmenso beneficio que recibía, hacía lujo de dulzura para tratar á las madres, que en obsequio de la verdad, la idolatraban, preocupándose al notar los gustos extraños de Rosita. Todos los ratos libres, se alejaba de sus compañeras, tomando las calles más solitarias del jardín, vagando por ellas hasta las últimas horas del día, deleitándose con las coloraciones del crepúsculo, apenas visibles al través de las ramas de los viejos árboles, únicos

DEL NATURAL.

testigos de sus melancolías; y llorando mucho, muchísimo, como si antiguos dolores le resucitaran ó amargas penas se ensañaran con ella. Casi siempre, la campana del refectorio, que á las 7 de la noche convocaba á las alumnas, la interrumpía en sus meditaciones, con su monótono tañer. Levantábase contrariada, entrando en el comedor con los ojos enrojecidos, inapetente y quejándose de imaginarias dolencias. Pero aparentemente, su salud era de rcca, y el anciano médico se pasó algún tiempo formando y enmendando diagnósticos que á nada cierto lo conducían, hasta que creyó descubrir el origen de esos males, que en lo privado comunicó á la superiora, haciendo uso de los más castos eufemismos.

Rosita, contra su costumbre, habíase convertido en una discípula modelo. Sobre todo para la aritmética, resultó una maravilla, disfrutaba de asombrosa facilidad para sumar dos y tres columnas de números al mismo tiempo. Ocupaba el primer lugar de la clase y resolvía las dificultades de sus compañeras, que también la trataban con cariño; pero nada podía vencer la tristeza inmensa que la aquejaba. Además de los números, tenía otra pasión igualmente fuerte; una piedad extraordinaria que las madres procuraban desarrollar más todavía, con la certeza, de que algún día Rosita tomara el velo, sería lo que eran ellas. Fácilmente podía suponerse así, al observar la unción con que oía misa, lo que frecuentaba el confesonario y los éxtasis á que espontáneamente se entregaba.